

Crónica
de Córdoba
y sus Pueblos

XXIII



Córdoba, 2016

Ilustre Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

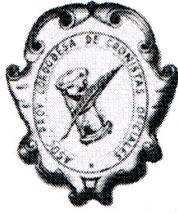
Crónica
de Córdoba
y sus Pueblos

XXIII

Ilustre Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

Diputación de Córdoba, Departamento de Ediciones y Publicaciones

Córdoba, 2016



Ilustre Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

Crónica de Córdoba y sus Pueblos, XXIII

Consejo de Redacción

Coordinadores

Juan Gregorio Nevado Calero

Fernando Leiva Briones

Vocales

Manuel García Hurtado

Juan P. Gutiérrez García

José Manuel Domínguez Pozo

Manuel Muñoz Rojo

Edita e Imprime: Diputación de Córdoba
Ediciones y Publicaciones.

Foto Portada: Fachada de la Casa del Inca, a mediados del siglo XX.

I.S.B.N.: 978-84-8154-535-7

Depósito Legal: CO 2278-2016

APROXIMACIÓN BIOGRÁFICA AL EXPLORADOR DE LA FLORIDA ALONSO DE CARMONA (PRIEGO DE CÓRDOBA 1526-1591)

Miguel Forcada Serrano

Cronista Oficial de Priego de Córdoba

No existe, a día de hoy, una biografía que ordene los datos conocidos sobre la peripecia vital del prieguense Alonso de Carmona. Han sido varios los investigadores de la conquista de América por España y/o de la historia local de Priego que han redactado apuntes biográficos posteriormente superados por nuevas aportaciones de datos; pero esas aportaciones no se ha integrado en nuevos relatos biográficos que nos dieran un mejor y cada vez más completo conocimiento del personaje.

UN PRIEGUENSE MUY DESCONOCIDO

En Priego hay una calle que lleva su nombre, pero Alonso de Carmona sigue siendo un gran desconocido incluso entre quienes muestran interés en la historia local. Lo hasta ahora publicado sobre él, está basado más en conjeturas que en documentos. Para colmo, en cuanto indagamos sobre el valor de su figura lo primero que suele aparecer es que escribió una relación de sus aventuras en la exploración de la Florida por Hernando de Soto, pero solo conocemos ese escrito por las citas que de él hace el Inca Garcilaso en su monumental obra titulada “La Florida del Inca” y que desgraciadamente, el manuscrito de Alonso de Carmona se ha perdido irremediabilmente.

He realizado inventarios de algunas bibliotecas privadas de familias de Priego con raíces en el siglo XVI; pueden imaginar la ilusión que he vivido ante la posibilidad de encontrar ese manuscrito; ese o el otro que al parecer también escribió Alonso de Carmona sobre sus años pasados en el Perú. Algún articulista afirmó que el manuscrito se hallaba en la Biblioteca Nacional pero se ha demostrado que, al menos entre los fondos inventariados de la Biblioteca, no está. Era también lógico pensar que se hallara en la Casa del Inca o en la Biblioteca Manuel Ruiz Luque de Montilla. Pero no. Al parecer tanto su “relación” sobre su estancia en Perú, como su “Peregrinación a la Florida y principales sucesos de su conquista”, que Alonso de Carmona escribió con el único objetivo de que los leyera sus paisanos (según dice el Inca), han desaparecido

para siempre. Si aún mantenemos alguna esperanza de que aparezcan, sí habrá que admitir que la clave está en identificar a qué manos pasaron estos manuscritos después de que el Inca los utilizara sacándoles todo su jugo.

En este trabajo vamos a intentar aproximarnos a una nueva biografía de Alonso de Carmona basándonos en dos fuentes; la primera, lógicamente, sus propios escritos, pulcramente reproducidos, aunque parcialmente, por el Inca Garcilaso y desde luego insuficientemente escrutados por los lectores del gran escritor peruano; la segunda, los ensayos o artículos publicados por los investigadores más fiables, de entre los que se han acercado a la aventura vital de este ilustre prieguense.

RUMBO AL NUEVO MUNDO

Alonso de Carmona nació en Priego en 1526. No se han encontrado partidas de nacimiento ni de bautismo, pues los registros de la Parroquia de la Asunción de Priego comienzan en 1542, y por lo tanto no se sabe la fecha exacta ni el nombre de sus progenitores. En realidad no se pudo fijar el año de su nacimiento hasta descubrirse un documento fechado en 1556 en el que el mismo Alonso de Carmona declaraba tener 30 años.¹ Ese dato impone la edad con la que el prieguense se embarcó en la expedición de Hernando de Soto. La expedición salió de Sanlúcar de Barrameda el día 6 de Abril de 1538 y por lo tanto, Alonso solo podía tener 12 ó 13 años.

Un nuevo misterio recae sobre este dato: el nombre de Alonso de Carmona no figura en los listados de la casa de contratación correspondientes a la expedición de Hernando de Soto, pero, ante la evidencia de que el prieguense viajaba en los barcos que salieron de Sanlúcar al mando de "de Soto" y tocaron primer puerto en la Gomera, los historiadores alegan que eran muchos, por diversos motivos, los españoles que no figuraban en las listas de viajeros al nuevo mundo, entre ellos los demasiado jóvenes; pero es un hecho que viajar, viajaban.

En efecto, la primera cita de Alonso de Carmona que aparece en la oba del Inca, demuestra su presencia en este primer trayecto de la expedición. Entramos por tanto directamente en las vivencias biográficas de Alonso contadas por él mismo: "En este paso, dice Alonso de Carmona en su peregrinación estas palabras: *"Salimos del puerto de Sanlúcar, año de 38, por cuaresma, y fuimos navegando por las islas de la Gomera, que es a donde todas las flotas van a tomar agua y refresco de matalotaje, y a los quince días andados, llegamos a vista de la Gomera. Y diré dos cosas que acaecieron aquel día en mi nao. La una fue que, peleando dos soldados se asieron a brazo partido y dieron consigo en la mar, y así se sumieron que no pareció pelo ni hueso de ellos. La otra fue que iba allí un hidalgo que se llamaba Tapia natural de Arévalo, y llevaba un lebrél muy bueno y de mucho valor, y, estando como doce leguas del puerto, cayó a la mar. Y como llevábamos viento próspero, se quedó, que no lo pudimos tomar y fuimos prosiguiendo nuestro viaje y llegamos al puerto; y otro día de mañana, vido su amo el lebrél en tierra, y admirándose de ello, fuelo con gran contento a tomar y defendióselo el que lo llevaba y averiguose que, viniendo un barco de una isla a otra, lo hallaron en la mar que andaba nadando y lo metieron en el barco, y averiguose que había nadado el lebrél cinco horas. Y tomamos refresco y lo demás y proseguimos nuestro viaje, y a vista de la Gomera se llegó el amo del lebrél a bordo, y le dio la vela un envió que lo echó a la mar, y así se sumió como si fuera plomo y nunca más pareció, de que nos dio*

¹Peláez del Rosal, M. "Nuevos datos sobre la vida en el nuevo mundo del descubridor, conquistador y colonizador prieguense Alonso de Carmona". Revista Fuente del Rey nº. 130 (1994), pg. 5

mucha pesadumbre a todos los del armada, etc.”. Todas son palabras de Alonso de Carmona, sacadas a la letra y púselas aquí, porque los tres casos que cuenta son notables, y también porque se vea cuan conforme va su relación con la nuestra, así en el año y en los primeros quince días de la navegación como en el temporal y en el puerto que tomaron, que todo se ajusta con nuestra historia”. (Pg. 770)²

El 24 de Abril de 1538 sale la flota de la Gomera cruzando el Atlántico en un mes. La edad con que se había embarcado Alonso de Carmona nos obliga a pensar que estaría dedicado a las labores más humildes propias de los marineros sin formación previa. La armada de Hernando de Soto estuvo casi un año en Cuba, preparando la expedición a la Florida; el joven Alonso debió pasar ese año descubriendo verdaderamente el mundo de los adultos, de los militares y sin duda formándose para convertirse en un buen expedicionario.³

De los varios episodios que de esa etapa debió dejar el prieguense en su “relación”, el Inca reproduce uno bastante significativo, de lo ocurrido con el capitán Juan de Añasco. Como experto marino, Añasco había sido enviado por de Soto a explorar las costas de la Florida para seleccionar lugares adecuados para el desembarco de la flota expedicionaria. Pero Juan de Añasco y sus marineros estuvieron también a punto de fenecer en una isla despoblada. Alonso de Carmona lo contó así, según escribe el Inca: “En este año añade Alonso de Carmona que por haber estado perdidos el capitán Juan de Añasco y sus compañeros dos meses en una isla despoblada donde no comían sino pájaros bobos, que mataban con garrotes y caracoles marinos, y por mucho peligro que habían corrido de ser anegados cuando volvieron a la Habana, al salir en tierra donde la lengua del agua fueron todos los que venían en el navío de rodillas hasta la iglesia donde les dijeran una misa, y después de cumplida su promesa dice que fueron muy bien recibidos del gobernador y de todos los suyos, los cuales habían estado muy desconfiados de temor que se hubiesen perdido en la mar, etc.” (Pg. 784)

LA EXPLORACIÓN DE LA FLORIDA

El 12 de Mayo de 1539 la flota de Hernando de Soto y en ella el joven Alonso de Carmona, sale por fin del puerto de la Habana rumbo a la Florida. Formaron parte de la expedición más de 620 hombres (cerca de mil según otras fuentes) y 220 caballos que viajaron en 9 navíos hasta desembarcar en la bahía de Tampa; preparados para explorar durante varios años y, si era posible, conquistar, de Soto llevaba en su ejército varios sacerdotes y frailes, ingenieros, artesanos, agricultores e intérpretes... El sueño de todos ellos era encontrar una ciudad como Cuzco o Tenochtitlán y tomar el poder en ella pacíficamente o por la fuerza, lo que les haría riquísimos a todos.

Una vez la expedición en marcha, el primer encuentro con tribus indias fue con los Mucozo, con los que el español Juan Ortiz, capturado en una expedición anterior,

² El Inca Garcilaso de la Vega. “Comentarios reales. La Florida del inca”. Biblioteca de Literatura Universal. 1364 páginas. Ed. Espasa Calpe. Madrid, 2003. (Pg. 770). Todas las referencias de páginas que aparecen en este trabajo para las citas de Alonso de Carmona en la obra del Inca están tomadas de esta publicación de Editorial Espasa Calpe. Los párrafos que aparecen entrecomillados y en letra cursiva son citas literales de Alonso de Carmona; los párrafos entrecomillados en letra recta son citas del texto del Inca Garcilaso referidos a Alonso de Carmona.

³ El itinerario y peripecias que citamos sobre la expedición de Hernando de Soto se han tomado del propio texto del Inca publicado por Espasa, contrastado con biografías de Hernando de Soto existentes en Wikipedia: https://es.wikipedia.org/wiki/Expedici%C3%B3n_de_Hernando_de_Soto_en_La_Florida

había vivido como esclavo; ahora, sirviendo a los españoles, se reencuentra con el cacique Mucozo. Alonso de Carmona asiste de cerca al encuentro y lo describe con breves palabras: “Lo abrazó y besó en el rostro en señal de paz”. (Pg. 803) Sin embargo, recordando que Juan Ortiz había sido torturado por los indios tiempo atrás y que intentaron quemarlo vivo, el prieguense anota en su relación que “le cayeron gusanos en las llagas que el fuego le hizo, cuando lo asaron”. (Pg. 812).

Tras pasar el invierno de 1539-40 al noroeste de Florida, la expedición se encamina hacia los montes Apalaches, donde encontraron tribus indias de especial ferocidad. Alonso de Carmona los describe literalmente así: “*Estos indios de Apalache son de grande estatura y muy valientes y animosos porque como se vieron y pelearon con los pasados de Pánfilo de Narváez⁴ y les hicieron salir de la tierra mal que les pesó, veniansenos cada día a las barbas y cada día teníamos refriegas con ellos y, como no podían ganar nada con nosotros a causa de ser nuestro gobernador muy valiente, esforzado y experimentado en guerra de indios, acordaron de andarse por el monte en cuadrillas, y como salían los españoles por leña y la cortaban en el monte, al sonido de la hacha acudían los indios y mataban los españoles y soltaban las cadenas de los indios que llevaban para traerla a cuestras y quitaban al español la corona, que era lo que ellos más preciaban para traerla al brazo del arco con que peleaban y, a las voces que daban y arma que decían, acudíamos luego y hallábamos hecho el mal recaudo y así nos mataron más de veinte soldados y esto fue en muchas veces. Y acuérdomo que un día salieron del real siete de a caballo a ranchear que es buscar alguna comida y matar algún perrillo para comer, que en aquella tierra usábamos todos y nos teníamos por dichosos el día que nos cabía parte de alguno y aun no había faisanes que mejor nos supiesen. Y andando buscando estas cosas, toparon con cinco indios los cuales los aguardaron con sus arcos y flechas y hicieron una raya en la tierra y les dijeron que no pasasen de allí porque morirían todos. Y los españoles, como no saben de burlas, arremetieron con ellos y los indios desembrazaron sus arcos y mataron dos caballos y hirieron otros dos y a un español hirieron malamente; y los españoles mataron uno de los indios y los demás escaparon por sus pies, porque verdaderamente son muy ligeros y no les estorban los aderezos de las ropas, antes les ayuda mucho el andar desnudos.*” (Pg. 962).

En el mes de Mayo el ejército de “de Soto” llega a la capital de Cofitachequio Cofachequi (la actual Columbia en Carolina de Sur), para lo que tuvieron que atravesar un río en el que, según Carmona (dice el Inca), se ahogaron siete caballos “por culpa de sus dueños, que de muy agudos, los echaron al río sin saber por donde habían de pasar y que, llegando a cierta parte del río, se hundían y no parecían más; debía ser algún bravo remolino que se los sorbía y tragaba”. (Pg. 1000).

Con esta tribu los españoles vieron por primera vez que el oro escaseaba en la zona y que lo que en Cofitachequi decían era oro, resultaba ser simple cobre. De las pocas riquezas allí encontradas, habla así Alonso de Carmona: “... particularmente dice (Carmona) de la provincia y del recibimiento que hizo el gobernador pasando el río, y que ella y sus damas todas traían grandes sartas de perlas gruesas echadas al cuello y atadas a las muñecas, y los varones solamente al cuello. Y dice que las perlas pierden

⁴ Pánfilo de Narváez fue un conquistador español de primera hora. A partir de 1509 participó en la conquista de la isla de Cuba y posteriormente en la de México. En 1527 inició una exploración de la Florida. Se distinguió siempre por su brutalidad. En consecuencia, cuando llegó Hernando de Soto a la Florida, con métodos igualmente violentos pero mucho más moderados que los de Pánfilo de Narváez, los nativos estaban ya prevenidos contra los “excursionistas” españoles.

mucho de su hermosura y buen lustre por sacarlas con fuego que las pone negras y en el pueblo Talomeco, donde estaba el entierro y templo rico, dice que hallaron cuatro cajas largas llenas de cuerpos muertos de la peste que en él había habido.” (Pg. 1020).

Tras esto, el ejército expedicionario realiza un largo viaje desde Cofachiqui hasta Coza, atravesando los montes Apalaches desde la actual Carolina del Sur hasta entrar en territorios de los actuales estados de Tennessee y después Alabama, una distancia que pudo ser superior a los 500 kilómetros. Hay que tener en cuenta que los soldados viajaban aplastados por el peso de las armas y los víveres, arrastrando incluso cañones de hierro y pastoreando el ganado que les servía de alimento. Alonso de Carmona, que no tenía más de 14 ó 15 años sin duda puso al límite sus fuerzas en muchas ocasiones.

Dice el Inca que “Alonso de Carmona, en su cuaderno escrito de mano, hace muy larga relación del viaje que estos españoles, y él con ellos, hicieron desde la provincia de Cofachiqui hasta la de Coza, y cuenta las grandezas de la provincia Coza y las generosidades del señor de ella, y nombra muchos pueblos de los de aquel camino, aunque no todos los que yo he nombrado. Y de la estatura de Tascaluza dice que para gigante no le faltaba casi nada y que era muy bien agestado.” (Pg. 1046) Lamentablemente el Inca no transcribe esa “muy larga relación” que sí constaba en los papeles del soldado prieguense.

LA BATALLA DE MAUVILA: EL COMIENZO DEL FRACASO

La expedición, aunque lentamente, continúa ahora hacia el sur, donde va a encontrar el principio de su enorme fracaso en la batalla de Mauvila. Alonso de Carmona sigue siendo protagonista no solo de su propia aventura, sino del relato que nos ha llegado de la exploración del sur de los actuales Estados Unidos. *“Al entrar el gobernador y Tascaluza en Mauvila (transcribe el Inca literalmente las palabras de Carmona) salieron los indios a recibirlos con bailes y danzas por mas disimular su traición, y las hacian los más principales. Y acabado aquel regocijo salió otro baile de mujeres hermosísimas a maravilla porque, como tengo dicho, son muy bien agestados aquellos indios y así mismo las mujeres, en tanto grado que después, cuando nos salimos de la tierra y fuimos a parar a México, sacó el gobernador Moscoso una india de esta provincia de Mauvila que era muy hermosa y muy gentil mujer, que podía competir en hermosura con la más gentil de España que había en todo Méjico y así, por su gran extremo enviaban aquellas señoras de Méjico a suplicar al gobernador se la enviase, que la querían ver. Y él lo hacía con gran facilidad porque se holgaba de que se la cudiciasen muchos.”* (Pg. 1046)

Los indios estaban preparados para la guerra y la gran batalla de Mauvila estalló de forma irremediable. Duró nueve horas, murieron 200 españoles y 150 quedaron gravemente heridos; pero se cuenta que los españoles mataron a más de 2000 guerreros indios por lo que esta batalla permanece registrada como una de las más sangrientas de la historia de América del Norte.

Para Alonso de Carmona la batalla fue un episodio que no olvidó en su vida, tanto por la conmoción general y por las pérdidas sufridas, como por las propias vivencias, algunas de las cuales dejó reflejadas en sus escritos. Dice el Inca: “Todo lo que en común y en particular hemos dicho de esta gran batalla de Mauvila (...) como de los sucesos que en ella hubo, los refiere en su relación Alonso de Carmona y cuenta la

herida del gobernador y el flechazo de la lanza de Nuño Tovar, y dice que se la dejaron hecha cruz. Cuenta la muerte desgraciada de don Carlos Enríquez y la del capitán Diego de Soto, su cuñado, y añade que el mismo Carmona le puso una rodilla sobre los pechos y otra sobre la frente y que probó a tirar con ambas manos de la flecha que tenía hincada por el ojo, y que no pudo arrancarla. También dice las necesidades y trabajos que todos padecieron en común.” (Pg. 1066)

Es difícil imaginar una escena más dramática que esa en la que el joven Alonso de Carmona, erigiéndose en protagonista de un momento trágico, intenta –sin conseguirlo– arrancar una flecha clavada en el ojo de un compañero...

Curándose las heridas, lo que quedaba del ejército expedicionario se dirigió hacia el sur, hacia la costa, pero dándose cuenta “de Soto” que la mayoría de los soldados deseaban alcanzar la costa para volver a Cuba, cambió de rumbo, de nuevo hacia el noroeste, adentrándose en la región del Misisipi, y en los alrededores de la actual Tupelo pasaron el invierno del año 1540 al 41.

En la primavera de 1541 la expedición continúa hacia el norte, pero una noche, mientras descansaban, sufren un despiadado ataque de la tribu Chickasaw o Chicaza, con fuertes pérdidas. Según Alonso de Carmona, citado por el Inca, “fueron ochenta los caballos entre muertos y heridos y más de los veinte de estos murieron quemados o flechados en las mismas pesebreras donde estaban atados porque sus dueños, viéndolos muy lozanos con la mucha comida que en aquel alojamiento tenían, por tenerlos más seguros, les habían hecho grandes cadenas de hierro por cabestros con que los tenían atados y, con la prisa que el fuego y los enemigos les dieron, no habían acertado a desatarlas, y así dejaron los caballos entregados al fuego y a los enemigos, para que, atados como estaban, les flechasen”. (Pg. 1087)

Sobre la batalla de Chicaza, el prieguense fue prolijo en su narración. Tras la descripción de la muerte de los caballos emite un elogio al gobernador Hernando de Soto por su “destreza en la silla jineta y cuenta su caída y el haber peleado más de una hora sin cincha; seguidamente añade que “cada indio traía ceñidos al cuerpo tres cordeles: uno para llevar atado un castellano, y otro para un caballo, y otro para un puerco, y que se ofendieron mucho los nuestros cuando lo supieron”. (pg. 1088). Seguidamente, Carmona cuenta que los españoles se retiraron a un lugar cercano que consideraban más seguro, “un pueblo –dice el Inca– que Alonso de Carmona llama Chicacilla, donde dice que a mucha prisa, hicieron sillas, lanzas y rodela, porque dice que todo esto les quemó el fuego y que andaban como gitanos, unos sin sayos y otros sin zaragüelles. Palabras que son todas suyas.” En resumen, dice el Inca en boca de Alonso de Carmona, que “los cristianos... huyeron y fueron vencidos y que la persuasión de un fraile les hizo volver y que milagrosamente cobraron la victoria que habían perdido y que solo el gobernador peleó a caballo mucho espacio de tiempo con los enemigos hasta que le socorrieron y que llevaba la silla sin cincha.” (Pg. 1090).

Finalmente, el Inca cierra el relato del episodio de Chicaza con este párrafo literalmente tomado de Carmona: “*Estuvimos allí tres días y, al cabo de ellos, acordaron los indios de volver sobre nosotros y morir o vencer. Y cierto, no pongo duda en ello que, si la determinación viniera en efecto, nos llevaran a todos en las uñas por la falta de armas y sillas que teníamos. Fue Dios servido que, estando un cuarto de legua del pueblo para dar en nosotros, vino un gran golpe de agua que Dios envió de su cielo y les mojó las cuerdas de los arcos y no pudieron hacer nada y se volvieron y a la mañana corriendo la tierra, hallaron el rastro de ellos, y tomaron un indio que nos declaró y avisó de todo lo que los indios venían a hacer, y que habían jurado por sus*

dioses de morir en la demanda y así el gobernador, visto esto, determinó salir de allí e irse a Chicacilla, donde luego, a gran prisa, hecimos rodelas, lanzas y sillas porque, en tales tiempos, la necesidad a todo hace maestros, hecimos de dos cueros de oso fuelles y con los cañones que llevábamos, armamos nuestra fragua, templamos nuestras armas y apercedimonos lo mejor que podemos.”(Pg. 1091).

A ORILLAS DEL RIO MISSISSIPPI

El 8 de Mayo de 1541, el ejército de Hernando de Soto, y Alonso de Carmona integrado en él, llega a las orillas del caudaloso río Mississippi. Tardaron un mes en cruzarlo pues tuvieron que construir varias embarcaciones y al parecer, lo hicieron en las cercanías de la actual ciudad de Memphis. Continúan viaje hacia el Oeste, en territorios hoy de Arkansas, Oklahoma y Texas. En el verano de ese año, Alonso de Carmona y sus compañeros fueron los primeros europeos que acamparon en el “valle de los vapores” (hoy Hot Springs, en Arkansas), donde distintas tribus nativas en pacífica convivencia, disfrutaban ya entonces de las aguas termales.

En Octubre de 1541 los españoles se encuentran con la tribu de “Tula”, de guerreros muy hábiles y peligrosos. Estaban en la zona de la actual Caddo Gap, en Arkansas, posiblemente el lugar más al oeste al que llegó la expedición. Desde allí volvieron al río Mississippi, organizándose para una nueva invernada.

El 25 de Junio de 1542, cuando la expedición –extenuada– acababa de ponerse en marcha, muere el gobernador Hernando de Soto. De nuevo Alonso de Carmona, testigo presencial, se convierte en cronista privilegiado y a la postre documentalista del Inca Garcilaso que copia las palabras del prieguense: *“Poco antes que el gobernador muriese mandó juntar todas las canoas de aquel pueblo. Y las mayores juntaron de dos en dos y metieron caballos en ellas, y en las otras metieron gente y pasaron a la otra parte del rio, a donde hallaron muy grandes poblaciones aunque la gente alzada y huida, y así se volvieron si hacer efecto. Lo cual, visto por los principales de aquella tierra, enviaron un mensajero al gobernador avisándole que otra vez no tuviese atrevimiento de enviar a sus tierras españoles porque ninguno volvería vivo y que agradeciese a su buena fama y al buen tratamiento que a los indios de la provincia donde al presente estaba, hacía, que por esta causa no había salido su gente a matar todos los españoles que a su tierra habían pasado. Que si algo pretendía de su tierra, que se viesen persona por persona, que le daría a entender el poco comedimiento y miramiento que había tenido en haber enviado a correr su tierra, y que no le acaciese otra vez, que juraba a sus dioses de le matar a él y a toda su gente, o morir en la demanda.”* (Pg. 1166).

Confiesa el Inca que todo lo que cuenta sobre el testamento, muerte y exequias del adelantado Hernando de Soto lo refiere Alonso de Carmona en sus “Relaciones” y que Carmona añade además que “los indios, no viendo al gobernador, preguntaban por él y que los cristianos les respondían que Dios había enviado a llamarle para mandarle grandes cosas que había de hacer, luego que volviese, y que con estas palabras, dichas por todos ellos, entretenían a los indios.” (Pg. 1173). Para que los indios no pudiesen confirmar que de Soto había muerto, su cuerpo fue lastrado y hundido en el río o en algún lago cercano.

Muerto de Soto, tomó el mando Luis de Moscoso Alvarado, pero pronto llegaron los líderes del ejército al consenso de que la expedición había sido un fracaso y de que

era preferible organizar la vuelta antes de perecer todos. Tomaron rumbo al sur por la actual Texas y aún tuvieron alguna ocasión de retomar fuerzas según relato directo del prieguese: “Alonso de Carmona dice que midieron el maíz que se halló en estos dos pueblos y que hubo por cuenta diez y ocho mil hanegas, de que se admiraron mucho por ver que en tan poca poblazón hubiese tanta comida de maíz sin las demás semillas. Todo lo cual y el haber los indios desamparado sus pueblos con tanta facilidad, atribuyeron estos cristianos a particular misericordia que Dios hubiese querido hacerles en aquella necesidad, porque es verdad que, si no hallaran aquellos pueblos tan buenos y tan bastecidos, ciertamente según venían maltratados, flacos y enfermos, perecieran todos en pocos días.” (Pg. 1196).

Pero siguiendo hacia el sur de Texas encontraron un territorio árido y pobre, por lo que los españoles se vieron obligados a volver hacia el Este llegando de nuevo a las orillas del Mississippi. Allí construyeron barcos, para lo que fundieron hasta las herraduras de los caballos mientras pasaba el invierno del año 1542 al 43. Después vinieron las inundaciones y la consiguiente crecida del río que según Alonso de Carmona ya había sido prevista por una anciana india meses antes: “Y nos acordamos de la buena vieja que nos dio el pronóstico de esta creciente”. (Pgs. 1198 y 1215).

Hasta el mes de Julio de 1543 no pudieron emprender viaje río abajo. Antes de embarcar, cuenta Alonso de Carmona que sacrificaron veinte de los cincuenta caballos que les quedaban: “...mataron los veinte que por manqueras estaban más inútiles y que, para los matar, los ataron una noche a sendos palos y los sangraron y dejaron desangrar hasta que murieron, y que esto se hizo con mucho dolor de sus dueños y lástima de todos por el buen servicio que les habían hecho; y que la carne la sancocharon y pusieron al sol para que se conservase y así la guardaron para matalotaje de su navegación.” (Pg. 1225).

Incluso en la navegación por el Mississippi los españoles fueron atacados por los indios que les disparaban flechas desde canoas, muriendo otros once en este tramo final del viaje por la Florida. Navegaron después por el Golfo de México, travesía de la que Alonso de Carmona también dejó constancia narrando un episodio de tintes humorísticos: “*Y así fuimos navegando a costa en la mano a poco más o menos, porque los aderezos de la navegación nos los quemaron los indios o se nos quemaron cuando pusimos fuego a Mabila (sic). Y el capitán Juan de Añasco era un hombre muy corioso e tomó el estrolabio e guardolo, que como era de metal no se hizo mucho daño, e de un pergamino de cuero de venado hizo una carta de marear e de una regla hizo una ballestilla, e por ella nos íbamos rigiendo. Y visto por los marineros e otros con ellos que no era hombre de la mar ni en su vida se embarcó sino para esta jornada, mofaban de él; e sabido cómo mofaban de él, los echó a la mar, excepto el astrolabio. Y de otro bergantín que venía atrás los tomaron porque la carta y la ballestilla iba atado todo. Y así caminamos o navegamos, por mejor decir, siete y ocho días y con temporal nos recogimos a una caleta*”. (Pg. 1254)

DE VUELTA A MÉXICO

Tras cincuenta días de navegación llegaron al río Pánuco en territorio mexicano y tras desembarcar se trasladaron a la ciudad de homónima, donde los supervivientes todavía discutieron acaloradamente porque algunos pensaban que no había que haber abandonado tan pronto la exploración de la Florida, ya que todos volvían pobres y hasta andrajosos. Desde Pánuco caminaron hasta la ciudad de México, donde dejamos de

nuevo la palabra a Alonso de Carmona en la última cita literal del prieguense que realiza el Inca: *“Ya tengo dicho que salimos de Panuco en camaradas de a quince y a veinte soldados, y así entramos en la gran ciudad de México. Y no entramos en un día sino en cuatro porque entraba cada camarada de por sí. Y fue tanta la caridad que en aquella ciudad nos hicieron que no lo sabré aquí explicar, porque, en entrando que entraba la camarada de los soldados, salían luego aquellos vecinos a la plaza y el que más aina llegaba lo tenía a gran dicha porque todos querían hacer el uno más que el otro, y así los llevaban a su casa y les daban a cada uno su cama y luego mandaban traer el paño que les bastase para vestirlos de veinticuatreño negro de Segovia, y los vestían y les daban todo lo demás necesario que eran camisas dobladas, jubones, gorras, sombreros, cuchillos, tijeras, paños de tocar y bonetes, hasta peines con que se peinasen. Y después de haberles vestido, los sacaban consigo un domingo a misa y, después de haber comido con ellos, les decían: “Hermanos, la tierra es larga, donde podréis aprovecharos. Cada uno busque su remedio. Estaba allí un vecino extremeño que se llamaba Jaramillo. Este salió a la plaza y halló una camarada de veinte soldados y en ellos venía un deudo suyo, y lo hizo con todos muy bien, que ninguno le hizo ventaja. Todos los de mi camarada determinamos de ir a besar las manos al visorrey don Antonio de Mendoza y, aunque otros vecinos nos llevaban a sus casas, no quisimos ir con ellos. El cual, después de haberle besado las manos, mandó que nos diesen de comer, y nos aposentaron en una sala grande y a cada uno dieron su cama de colchones, sábanas, almohadas y frezadas, y todo esto nuevo. Y mandó que no saliésemos de allí hasta que nos vistiesen y, después de vestidos, le besamos las manos y salimos de su casa agradeciéndole la merced y caridad que nos había hecho. Y no fuimos todos al Perú no tanto por sus riquezas como por las alteraciones que en él había cuando Gonzalo Pizarro empezó a hacerse gobernador y señor de la tierra”.* (Pg. 1274)

Sobrevivieron a la exploración de la Florida algo más de 300 hombres, lo que significa que murieron más de la mitad y puede que hasta dos tercios de los que la iniciaron. La mayor parte de ellos se quedaron en el Nuevo Mundo.

Alonso de Carmona tenía solo 18 años en este momento. Tras salir vivo de tan terrible experiencia, él tenía toda la vida por delante. El propio Inca dice que el de Priego vivió muchos años en Perú antes de volver a su tierra. Según las investigaciones publicadas sobre esta segunda etapa de su vida, el joven prieguense pasó en Perú casi veinte años.

HACE FORTUNA EN POTOSÍ

La aportación más clarificadora sobre su estancia en Perú ha sido la publicada por Manuel Peláez del Rosal quien hace referencia a un libro titulado “Los sobrevivientes de la Florida”, publicado por Ignacio AvellanedaNavas (Universidad de Florida, 1990) que da a conocer un documento de probanza por el que Pedro Arévalo Briceño, integrante del ejército de Hernando de Soto en su exploración de la Florida, pretendía conseguir una prebenda del rey de España. En el documento, fechado en 1556, se incluye una declaración de Alonso de Carmona, compañero de Pedro Arévalo desde

el comienzo de la expedición en Sanlúcar de Barrameda, en la que aparecen datos que permiten completar algunos episodios de la vida de Carmona.⁵

De este documento se deduce que Alonso de Carmona tenía 30 años en el momento de declarar, lo que demuestra que había nacido en 1526. De la declaración recogida en este documento se deduce también que a finales de 1543 Alonso de Carmona estaba ya en Quito coincidiendo con el corto periodo de mando del Virrey Blasco Núñez de Vela. Y que se halló presente en la batalla de Jaquijahuana, lo que quiere decir que el 9 de Abril de 1548, Alonso de Carmona estaba en Cuzco pues la referida batalla, que tuvo lugar entre Gonzalo Pizarro y el ejército realista dirigido por Pedro de la Gasca, se produjo en esa fecha a solo 25 kilómetros de la capital del imperio Inca.

DE NUEVO EN PRIEGO

Sin embargo, los años de Alonso de Carmona en Perú permanecen sin documentar. Lourdes Díaz Trechuelo⁶ dice que se asentó en la villa imperial de Potosí, famosa en aquellos siglos por su mítica mina de plata. Aunque no sabemos si contrajo matrimonio, Alonso tuvo dos hijos, Alonso y Leonor, que se vinieron con él a Priego, donde se le localiza a partir del año 1572.

El historiador cordobés José de la Torre y del Cerro, al que podemos considerar primer biógrafo de Alonso de Carmona, dice en su estudio que volvió a Priego cargado de una cuantiosa fortuna, que compró fincas y censos y desempeñó cargos edilicios y cofradieros; su actividad de nuevo en su pueblo natal debió ser en efecto muy intensa pues fue alcalde ordinario y mayordomo de la cofradía de la Santa Veracruz; en 1581 fundó una capellanía en la iglesia parroquial a la que donó una lámpara de plata. Varios investigadores coinciden que, una vez en Priego "...adquirió fincas urbanas y rústicas en gran número, y algunas de importancia, como el cortijo de la Cuesta Blanca; compró censos, uno de 9.800 ducados de principal, apenas llegado a España, impuesto sobre la hacienda del Excmo. Señor D. Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, duque de Medina Sidonia; y se granjeó muy apreciables beneficios con la venta de la seda producida por los morales de sus huertas y el vino de sus viñas."⁷

Fue en esta última etapa de su vida cuando escribió dos cuadernos de tipo autobiográfico pues seguramente sus paisanos se interesaron por conocer la aventura constante que había sido su vida. El primero llevaba por título "Peregrinación a la Florida y principales sucesos de su conquista"; del segundo no conocemos ni siquiera el título. Como ya hemos dicho, ambos escritos han desaparecido, conociéndose en la actualidad la existencia del primero solo por las citas y referencias que el Inca Garcilaso de la Vega hace en sus obras. Al parecer fue Alonso de Carmona quien, enterado de que el Inca Garcilaso vivía en Montilla y que estaba escribiendo un largo relato sobre la exploración de la Florida por Hernando de Soto, se desplazó a la ciudad natal del Gran Capitán y se entrevistó con el Inca o le envió desde Priego los dos manuscritos que ya había redactado; en realidad, no podemos afirmar que llegaron a conocerse. El cronista

⁵Peláez del Rosal, M. "Nuevos datos sobre la vida en el nuevo mundo del descubridor, conquistador y colonizador prieguense Alonso de Carmona". Revista Fuente del Rey nº. 130 de 1994, pg. 5.

⁶Lourdes Díaz Trechuelo. "La Peregrinación de Alonso de Carmona". Revista Adarve nº. 393 de 1992.

⁷Valverde Madrid, José "Escritores y artistas prieguenses del Barroco", Revista Adarve nº. 709, pg. 5 (1966). Peláez del Rosal, M. "El conquistador Alonso de Carmona". Revista Fuente del Rey, nº. 12 pg. 6 (1984). web de Enrique Alcalá Ortiz <http://www.enriquealcalaortiz.com/web>.

montillano Enrique Garramiola Prieto dedicó un largo artículo a hablar de “Los amigos de Priego del Inca Garcilaso”, pero sorprendentemente, se refiere a distintos miembros de la familia Herrera Aranda, no haciendo la menor alusión a Alonso de Carmona.⁸

Cuando uno aborda la lectura de “La Florida del Inca”, termina reconociendo que se trata de una obra de importancia excepcional. Primero porque, sabiendo que el peruano nunca estuvo en la Florida, sorprende la meticulosidad e incluso la objetividad del relato, cargado de minuciosos datos casi imposibles de manejar si no se ha estado presente. Y en segundo lugar, porque la altura literaria de la prosa del Inca, nos lleva de inmediato a colocarle entre los mejores escritores del Siglo de Oro español como así lo han reconocido muchos historiadores de la literatura. Excesivo nos parece plantear aquí las opiniones de quienes consideraron que la obra del Inca es sobre todo una obra de ficción, entre otras cosas porque ello no quitaría nada a su grandeza.

Pues bien, en el proemio de su monumental obra sobre la exploración de América del Norte por los españoles, el Inca reconoce que la mayor parte de la información se la debe a un caballero amigo suyo llamado Gonzalo Silvestre, natural de Cáceres, pero también a otros dos soldados que estuvieron presentes en aquella gesta: Juan Coles, natural de Zafra y Alonso de Carmona. El prieguense es presentado con estas palabras: “El uno se dice Alonso de Carmona, natural de la villa de Priego. El cual, habiendo peregrinado por la Florida los seis años de este descubrimiento, y después otros muchos en el Perú, y habiéndose vuelto a su patria, por el gusto que recibía con la recordación de sus trabajos pasados, escribió estas dos peregrinaciones suyas, y así las llamó. Y sin saber que yo escribía esta historia me las envió ambas para que las viese. Con las cuales holgué mucho, porque la relación de la Florida, aunque muy breve y sin orden de tiempo ni de los hechos, y sin nombrar provincias, sino muy pocas, cuenta, saltando de unas partes a otras, los hechos más notables de nuestra historia.” (Pg. 743). Poco después dice el Inca que el manuscrito de Alonso de Carmona tenía ocho pliegos y medio, escritos con “letra muy recogida”.

Al leer este comentario sobre el documento del prieguense, se advierte cierta intención de menospreciarlo por parte del Inca, tanto por su falta de alcance como por el desorden del relato. Sin embargo, mucho debió ser lo que el manuscrito aportaba (como también el de Juan Coles), cuando obliga al Inca a rehacer su extensísima obra, como él mismo confiesa: “Y aunque es verdad que yo había acabado de escribir esta historia, viendo estos dos testigos de vista tan conformes con ella, me pareció, volviéndola a escribir de nuevo, nombrarlos en sus lugares y referir en muchos pasos las mismas palabras que ellos dicen sacadas a la letra, como por presentar dos testigos contestes con mi autor, para que se vea cómo todas tres relaciones son una misma.” (Pg. 744)

Garcilaso nombra por lo menos 37 veces a Alonso de Carmona en su obra “La Florida del Inca” y es de justicia reconocer que se refiere a él con gran honradez y escrupulosidad tanto en las citas indirectas como en las directas en las que pone entre corchetes las palabras textuales del prieguense e incluso reitera antes o después de la cita que son palabras tomadas “a la letra”, es decir, literalmente, del manuscrito del prieguense.

Alonso de Carmona murió en Priego en 1591. Si los datos fundamentales de su biografía son ciertos, tenía 65 años. Hizo testamento el 26 de Febrero de 1591 y falleció el 3 de Marzo del mismo año. Sus hijos Alonso y Leonor murieron antes de que

⁸Revista Adarve, nº 318, de Septiembre 1989, pg. 73.

terminara el año 1599, sin descendencia. Sus bienes pasaron a los hermanos y hermanas de su padre que habían permanecido en Priego.⁹

Su figura quedó olvidada durante siglos. Ya en el siglo XX, y a raíz de los estudios de José de la Torre y del Cerro, el Ayuntamiento pone su nombre a una empinada calle que sube desde la llamada "San Guido", hacia el Calvario.

⁹<http://www.enriquealcalaortiz.com/web>



**Ilustre Asociación Provincial Cordobesa
de Cronistas Oficiales**

